

EL POETA DISPUTADO. LECTURAS DE CÉSAR VALLEJO EN EL EXILIO REPUBLICANO Y LA ESPAÑA DE POSGUERRA

Antonio Rivero Machina

Instituto Valle de Ambroz - Junta de Extremadura

ariverom@educarex.es

RESUMEN: Terminada la Guerra Civil española se estableció una confrontación directa entre el relato cultural propuesto por el exilio republicano y el construido desde “el interior”, ya fuera desde el oficialismo o desde sus márgenes. Esta confrontación de relatos afectó directamente a la recepción de una serie de autores de la llamada “Edad de plata”. Uno de estos referentes disputados fue el poeta peruano César Vallejo. Su enorme influjo tanto entre los miembros del Veintisiete como del Treintayséis llevó a su reivindicación desde plataformas del exilio como España peregrina y desde el entorno del falangismo intelectual y revistas como Escorial o Cuadernos Hispanoamericanos. De esta manera, destacados miembros de ambos entornos como Juan Larrea y Leopoldo Panero quisieron aproximar al autor de Trilce no solo a sus postulados estéticos sino también ideológicos. Al tiempo, una incipiente intelectualidad al margen del oficialismo quiso ofrecer su propia lectura del legado vallejiano.

PALABRAS CLAVE: César Vallejo, Posguerra española, Exilio republicano, Juan Larrea, Leopoldo Panero, José María Valverde.

THE DISPUTED POET. READINGS ABOUT CÉSAR VALLEJO IN THE SPANISH REPUBLICAN EXILE AND IN THE SPANISH POSTWAR PERIOD

ABSTRACT: After the Spanish Civil War, a direct confrontation was established between the cultural narrative proposed by the republican exile and the one constructed from Franco's Spain, either from the government or from its margins. This confrontation of stories directly affected the reception of a series of authors of the so-called “Edad de plata”. One of these disputed references was the Peruvian poet César Vallejo. His enormous influence both among the members of the “Veintisiete” and the “Treintayséis” led to his claim from exile platforms such as España peregrina and from the environment of intellectual Falangism and magazines



Copyright © 2022, Los autores. Este artículo está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY) (<http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>)

such as Escorial or Cuadernos Hispanoamericanos. In this way, prominent members of both environments such as Juan Larrea and Leopoldo Panero wanted to bring the author of Trilce closer to not only his aesthetic but also ideological postulates. At the same time, a series of intellectuals outside the Franco government wanted to offer their own reading of Vallejo's legacy from Spain.

KEYWORDS: César Vallejo, Spanish postwar period, Spanish republican exile, Juan Larrea, Leopoldo Panero, José María Valverde.

LE POÈTE REQUIS. LECTURES DE CÉSAR VALLEJO DANS L'EXIL RÉPUBLICAIN ET L'ESPAGNE D'APRÈS-GUERRE

RÉSUMÉ : Après la fin de la guerre civile espagnole, une confrontation directe s'est instaurée entre le récit culturel proposé par l'exil républicain et celui construit depuis "l'intérieur". Cette confrontation d'histoires a directement affecté la réception d'une série d'auteurs de "la Edad de Plata". L'un de ces référents contestés était le poète péruvien César Vallejo. Son énorme influence à la fois parmi les membres des "Veintisiete" et des "Treintaysés" a conduit à sa justification des plates-formes d'exil telles que España peregrina et de l'environnement du falangisme intellectuel et des magazines tels que Escorial ou Cuadernos Hispanoamericanos. De cette manière, des membres éminents des deux milieux tels que Juan Larrea et Leopoldo Panero ont voulu rapprocher l'auteur de Trilce non seulement de son esthétique mais aussi de ses postulats idéologiques. Dans le même temps, une intelligentsia naissante en marge du parti au pouvoir voulait proposer sa propre lecture de l'héritage de Vallejo.

MOTS CLÉS : César Vallejo, d'après-guerre espagnole, exil républicain, Juan Larrea, Leopoldo Panero, José María Valverde.

Recibido: 17/01/2022. Aceptado: 06/11/2022

1. Introducción

Como otras figuras destacadas de la literatura hispana inmediatamente anterior a la Guerra Civil española, la obra y el legado poético de César Vallejo ejerció una importante influencia entre los poetas españoles durante la posguerra, no solo en el exilio sino también en el interior. Más allá, hoy resulta fácil entrever en ello una abierta disputa por la elaboración de un relato cultural que los integrara a su conveniencia. Una disputa, a la postre, donde lo estético y lo literario se entreveraba

con lo político y lo ideológico. Venía sucediendo así, por esos mismos años, con los casos de Antonio Machado, Miguel de Unamuno o el propio Federico García Lorca. La mayor o menor significación de estos con la causa republicana –o el enfrentamiento a la franquista, cuando menos– fue sin duda subrayada en todo momento, y particularmente durante la primera mitad de la década de los cuarenta, por la diáspora intelectual del bando vencido. También por sus simpatizantes de la comunidad internacional, prodigándose los homenajes entre los medios de la izquierda cultural en el contexto histórico de una inminente y finalmente irreversible Segunda Guerra Mundial¹. Frente a ello, un sector muy concreto de la intelectualidad falangista advirtió la necesidad de contraponer un relato capaz de integrar el legado de la luego llamada “Edad de plata” en el marco ideológico del franquismo triunfante tras la contienda. Se trataba, no por casualidad, de algunos miembros de la llamada “Generación del 36”, formados directa y personalmente en el epicentro de aquel bullir literario y artístico de la preguerra. Los hermanos Panero, Luis Rosales, Gonzalo Torrente Ballester, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo y compañía se habían iniciado en el mundo de las letras bajo la protección de hombres como José Bergamín, Manuel Altolaguirre o el mismo Pablo Neruda; debutaron en revistas como *Cruz y Raya* y los más afortunados fueron editados en la colección Héroe; compartieron homenajes, cenas y encuentros; alguno, incluso, realizó sus primeras tentativas en las filas del creacionismo, como Vivanco. En consecuencia, se sentían tan herederos del Noventayocho o el Veintisiete como sus homólogos del exilio y cualquier renuncia a dicho legado se sufría desde las filas de aquel sector intelectual del falangismo joseantoniano como una claudicación imperdonable. Así las cosas, y mientras otros sectores del franquismo cultural como el tradicionalismo defendido por José María Pemán o Agustín de Foxá abominaban del legado vanguardista², el núcleo de escritores falangistas agrupados primero en torno a la revista *Escorial* y más tarde a los *Cuadernos Hispanoamericanos* decidieron luchar “la batalla ideológica” frente al exilio republicano por el legado cultural de aquel periodo de esplendor cercenado por la guerra. Solo así se comprenden de manera cabal lecturas como la ofrecida por

¹ Esta presencia fue especialmente significativa en países donde la preocupación por el avance ideológico del fascismo en Europa afectaba directamente a su ecosistema político nacional, desde la aún democrática Francia hasta el Portugal salazarista, donde publicaciones como *O Diabo*, *Sol Nascente*, *Manifesto* y *Seara Nova*, todas ellas no muy alejadas de la influencia del clandestino Partido Comunista Portugués, se hicieron eco de las muertes de García Lorca, Unamuno o Machado ofreciendo, en alguna ocasión, explícitos homenajes sin que faltaran referencias más o menos veladas a su adhesión a la causa republicana.

² Véase, por ejemplo, el artículo de Agustín de Foxá titulado “Los Homeros rojos” y publicado en *ABC* el 28 de mayo de 1939, pp. 3-4.

Dionisio Ridruejo sobre Antonio Machado en “El poeta rescatado”, recogida precisamente en el primer número de *Escorial* (Ridruejo, 1940) y donde se apelaba al trato personal directo –en este caso en calidad de discípulo del difunto, en la etapa de Ridruejo como alumno de secundaria en Segovia– para legitimar una semblanza donde se llega a infantilizar el discernimiento político de Machado. El recurso del trato personal, como comprobaremos, será un lugar común en estas aproximaciones, tanto desde los medios franquistas como desde el exilio. Otro miembro del “grupo *Escorial*”, Luis Felipe Vivanco, fue el encargado de editar y prologar una *Antología poética* de Miguel de Unamuno preparada para la propia *Escorial* en 1942, al tiempo que a Leopoldo Panero le correspondería “rescatar” a los grandes activos de la poesía hispanoamericana del periodo como César Vallejo e incluso –limitadamente– Pablo Neruda.

El autor de *Trilce* había fallecido en abril de 1938, antes de que la Guerra de España, en la cual había tomado explícitamente partido en favor del bando republicano, terminara. Su perfil literario, sin embargo, era demasiado atractivo como para que el otro bando implicado –o, mejor dicho, para que un sector muy concreto de este– renunciara a su magisterio. La “aproximación” de Vallejo a los postulados escorialistas vendrá así de la mano de quien fuera uno de sus más fervientes admiradores en el Madrid de la preguerra, un Leopoldo Panero que llegó a hospedar en la casa familiar de Astorga al autor de *El tungsteno*. Así, mientras el exilio republicano subrayaba el compromiso social y la proximidad a los presupuestos comunistas de Vallejo, los miembros de *Escorial* acudirán a la raíz cristiana de su pensamiento social.

Fue desde este mapa de coordenadas ideológicas como, con la venida de la década de los cuarenta, algunas de las voces poéticas llamadas a ocupar un lugar preponderante en el interior de la España franquista tornaron su mirada y su atención hacia el poeta de *Los heraldos negros*. A estas voces se irán sumando con el devenir de los años, no obstante, enfoques alejados de aquel sector del falangismo intelectual preocupado por rebatir el relato cultural construido por el exilio republicano. De esta manera, desde plataformas que quisieron presentarse, en aquel marco de posguerra, como oposición al oficialismo cultural del régimen, también se acudirá, tímidamente, a la figura literaria de Vallejo. Tal sería el caso, particularmente, de Victoriano Crémer y su revista *Espadaña*. Con ello, la recepción del legado vallejianos en el interior se iría enriqueciendo más allá de la mera contestación a los foros literarios de la diáspora

republicana española y sus plataformas culturales, con la revista *España peregrina* a la cabeza.

Así las cosas, y avanzada ya la década de los cuarenta, este triple enfoque –el exilio republicano, el oficialismo cultural franquista y los espacios marginales del “interior”– ofrece, pese a sus evidentes puntos de fricción, tantos elementos de encuentro y engarce como de disputa. No en vano, más que ante una discusión estética o estratégica dentro del ámbito de lo puramente literario, nos enfrentamos a una pugna entre quienes se consideran herederos de un mismo legado, y como tal desean intitularse. Al fondo, en definitiva, se pugna finalmente por una legitimación ulterior: la ideológica.

Desde el punto de vista estrictamente estético o literario, las lecturas que durante esos años se ejercieron sobre el poeta peruano, para empezar, partieron casi siempre de un consenso general sobre la necesidad de una “rehumanización” del arte que superase los peores “vicios” de las vanguardias históricas. Así en el exilio como en el interior³. En este sentido, Vallejo podía encarnar como pocos los valores de aquella literatura de posguerra que quería volver la mirada al contexto histórico presente sin renunciar del todo al deslumbrante descubrimiento de la metáfora surrealista, de la que no se abjuraba completamente. Como señaló años después Carlos Bousoño en su *Teoría de la expresión poética*, “César Vallejo, de la generación del 25, encontró, con antelación a todos los jóvenes de posguerra, el tema del prójimo, la dicción coloquial y el sentimiento de angustia” (1966: 568-569). En el fondo, este relativo consenso en favor de la “rehumanización” del arte, a uno y otro lado de las fronteras del régimen, se asentaba en un acuerdo ya previo a la propia guerra, como señalara hace años Cano Ballesta:

A partir de 1933 nos asomamos a lo que podríamos llamar la nueva gran vertiente de la poesía española del siglo XX, en que la estética simbolista se encuentra en retirada. La amenaza de la guerra cuelga sobre Europa como una espada de Damocles y sobre España de modo aún más amenazador, acelerando el hundimiento definitivo del

³ Para un acercamiento al concepto de “rehumanización” en los textos críticos de la época, véase de Carlos Caba y Pedro Caba “La rehumanización del arte”, en *Eco. Revista de España* (nº 9, octubre de 1934). Tras la guerra, el ideal de la rehumanización recorrerá las poéticas tanto del exilio como del interior. Así, por ejemplo, en el artículo de José Herrera Petere “Humanísima agonía de la deshumanización del arte. De la desesperación al desengaño”, publicado en *El Nacional* de México (28 de noviembre de 1942). Así, igualmente, en el artículo de Luis Felipe Vivanco “El arte humano”, publicado en el primer número de *Escorial* (nº 1, noviembre de 1940, pp. 141-150) y presentado casi a la manera de una poética para el grupo de Rosales.

esteticismo y el triunfo de concepciones poéticas más atentas a la realidad circundante, a los afanes y desvelos del hombre en su dimensión personal y social (Cano Ballesta, 1972: 263).

Por el contrario, inevitablemente, en el plano ideológico todas estas lecturas estuvieron muy lejos de ser unívocas. La presencia de Vallejo en aquel contexto político, más que polarizado irreconciliable, nunca fue inocente, aunque alguno apelara, precisamente, a la “inocencia”. Así sucedía en las revistas literarias del exilio, como *España peregrina*. Así, de manera notoria, en las plataformas culturales del interior, desde las controladas por el oficialismo falangista como *Escorial* y *Cuadernos Hispanoamericanos* a las editadas en sus márgenes, como la *Espadaña* de Victoriano Crémer. Esta confusa mezcla entre lo estético y lo ideológico es el verdadero trasfondo de una disputa de hondo calado para el relato cultural en la España de mediados del siglo XX. Una disputa por un legado común que era para casi todos irrenunciable: el esplendor cultural de una “Edad de plata” ya periclitada. La pugna por este legado se hizo autor por autor –Machado, Ortega, García Lorca, Unamuno–, así como en la guerra se combate plaza por plaza. El brillante poeta peruano César Vallejo, su obra, fue una de las más preciadas y disputadas posiciones dentro de aquella lucha por el relato.

2. Las lecturas del exilio español

Durante la década de los cuarenta, las revistas literarias de la diáspora republicana española se volcaron casi en exclusividad en la articulación de un testimonio propio sobre la reciente Guerra de España, tratando de contraponerlo al discurso oficialista que la dictadura franquista estaría imponiendo, de manera paralela, en el interior. Revistieron para ello su discurso de legitimidad democrática, o cuando menos antifascista, en el marco internacional de la Segunda Guerra Mundial. El mejor ejemplo lo encarna probablemente *España peregrina*, revista editada bajo la dirección nominal de José Bergamín. Fue esta, con su afortunado título –del que pronto se hacen eco Ángel del Río (1948) o, muy precozmente, Gonzalo Torrente Ballester en el semanario madrileño dirigido por Alfredo Marquerie *Tajo* (1940)–, la que mejor supo simbolizar el sentir de la comunidad intelectual española asilada en México. Dependiente de la Junta de Cultura Española en México –con Juan Larrea, José Carner y el propio Bergamín en la presidencia, además de con Corpus Barga, Pablo Picasso o Tomás Navarro Tomás entre sus vocales–, *España peregrina* asumió desde el primer

número, en febrero de 1940, una doble vocación política y literaria. Y ambas en un mismo sentido: reunir y dar altavoz a las voces del exilio, voces que habían sido expulsadas a la fuerza de la propia España.

Consumada la tragedia que ha padecido el pueblo español, aventados por el mundo en buena parte sus defensores, perseguidos, encarcelados, condenados a muerte muchos otros, ultrajados todos por haber defendido hasta el fin la sagrada voluntad de España, cumple a quienes podemos levantar la voz libremente dar expresión al contenido profundo de la causa por la que libremente se inmolaron tantos miles de compatriotas (...) Por eso nosotros, intelectuales españoles, herederos en el espíritu de los afanes de nuestro pueblo (...) proclamamos públicamente nuestra decisión de no perdonar esfuerzo ni sacrificio que pueda conducir al triunfo de la causa universalizada de España en su territorio y en el orbe (España Peregrina, 1940: 3-6).

Desde esta conciencia de reunir no solo a la España “peregrina” sino de encarnar con ella a la única España “legítima”, se refugiaron en sus páginas los primeros homenajes a García Lorca (nº 1, febrero de 1940, pp. 6-8; nº 4, mayo de 1940, p. 153) y Antonio Machado (nº 2, marzo de 1940, pp. 64-77), así como diversos textos poéticos del calibre de “España, aparta de mí este cáliz” del propio César Vallejo (nº 1, febrero de 1940, pp. 19-20), “La voz cautiva” de Emilio Prados (nº 2, marzo de 1940, pp. 58-60) o la “Elegía española” de Luis Cernuda (nº 4, mayo de 1940, pp. 171). No en vano, la larga sombra de la reciente Guerra Civil planea casi omnipresente en los diez números de *España peregrina*, impregnando toda la publicación de un patente espíritu de denuncia y legitimidad republicanas.

La presencia de Vallejo en *España peregrina* estaba, desde el punto vista político, plenamente justificada. Su participación en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas de 1937, el hecho de haber legado en *España, aparta de mí este cáliz* una de las cimas artísticas dentro de la producción propagandística del bando leal al gobierno de Madrid y su propia condición de exiliado refrendaban su condición de “español peregrino”. Más allá, su muerte en 1938, trasterrado en París, era equiparada con el triste desenlace de García Lorca, Unamuno y Antonio Machado, elevados ya a la categoría de “caídos” mayores por la causa republicana (Férriz, 2002). Así lo desarrolla Juan Larrea –uno de los amigos más próximos al peruano en la España prebélica y vanguardista– en la primera y en la tercera entrega de la revista, erigiéndose así como el principal responsable de esta lectura martirial y “española” del poeta de Santiago de Chuco. En este sentido, según Teresa Férriz:

No es casual (...) que los dos únicos comentarios críticos en torno al escritor peruano aparecidos en *España Peregrina* los escribiera Juan Larrea. (...) Temas como la identificación de César Vallejo con la suerte de la España republicana (muertos, como veíamos, al tiempo), el cristianismo vallejiano que para Larrea resulta incuestionable (...) o su profecía vital, augurio del necesario encuentro de Europa con América, se esbozan sutilmente, recogiendo las ideas sobre el Nuevo Mundo que el director ejecutivo de *España Peregrina* había empezado a esbozar durante la guerra civil (Férriz, 2002).

Efectivamente, en el primer número de *España Peregrina* se reproduce, acompañando al célebre poema vallejiano, un extracto de “Profecía de América”, texto que el poeta vasco publicaría en pocos meses como prólogo para la edición mexicana de *España, aparta de mí este cáliz* (Editorial Séneca, 1940)⁴. En él se opera una suerte de conexión entre el fallecimiento en París del peruano y la irreversible agonía en la que estaba inmersa la Segunda República Española a la altura de 1938. A partir de ahí, Larrea alambica el paralelismo con acontecimientos históricos –el avance italiano por la costa mediterránea española– y litúrgicos –el Viernes Santo– armando un discurso que conecta con una interpretación muy próxima a sus propios postulados en aquellos días.

Poeta en el alto sentido de la palabra, Vallejo ha muerto de su muerte natural que en realidad no es muerte sino voluntad de vida. (...) Él, que es voz de un pueblo y de una raza víctima, de un complejo vital relacionado con el destino hispánico, él, cuya obra, tras una aparente impiedad, atesora no sólo la esencia sino innumerables alusiones al drama cristiano –realidad profunda que fuera vano desconocer–, él, que pedía a España el alejamiento de su cáliz, dejó de existir el día de Viernes Santo, el día en que se conmemora la trascendencia mortal de la víctima que ha de resucitar y el mismo día en que las legiones italianas, siguiendo el curso del río español que va a dar en la mar que es el morir, llegan, como una lanzada en el costado, a las orillas mediterráneas. ¡Cuán coherente y llena de significaciones se manifiesta esa coincidencia múltiple! (Larrea, 1940a)

⁴ “Profecía de América” fue inicialmente impreso en el número extraordinario en homenaje a César Vallejo en *La Nueva España* (Buenos Aires, junio 1938) y *Nuestra España* (París, junio de 1938). Citamos desde Férriz (2002).

Larrea conforma así para *España peregrina* una definitiva “españolización” de Vallejo en cuanto que vincula directamente su muerte, acaecida por causas naturales, con la muerte de la propia República.

¡Cómo adquiere sentido y se transfigura así su *España*, *aparta de mí este cáliz*! Por eso, si la ciencia médica ignora la causa material de su muerte, el pensamiento poético sabe que Vallejo ha muerto de España —figura histórica de universalidad— o sea, que ha muerto de universo, como él mismo dice, y que en las manos de España ha entregado su espíritu (Larrea, 1940a).

En la tercera entrega Larrea firma una colaboración más extensa al respecto bajo el título de “Memoria de César Vallejo” (pp. 121-124). Allí el autor de *Oscuro dominio* desarrolla el lema apuntado en el primer número, aderezándolo con un enfoque más personal, merced a la estrecha amistad que un día vinculara a ambos poetas y, sobre todo, al trascendental hecho de haber sido testigo directo de su muerte en el París de abril de 1938, en la propia habitación del hospital donde convalecía.

Hace dos años que murió en París César Vallejo. La víspera por la tarde, estando yo ausente, había pronunciado más de una vez mi nombre, como si reclamara mi presencia. Me encontraba yo aquellos días sumamente angustiado por el giro adverso que iban tomando los acontecimientos en España. (...) Requerido por una serie de esos sutiles indicios que suscitan el fraguado de las intuiciones, sentía yo con honda congoja que existía una relación de orden poético entre la personalidad entonces doliente de César Vallejo y la realidad española verdadera (Larrea, 1940b: 121).

No dejan de ser evidentes, en definitiva, las conclusiones de Teresa Férriz cuando señala que “la lectura que de Vallejo realiza una parte del exilio no se limita, ni mucho menos, al aspecto literario, sino que va unida al ataque político contra los movimientos totalitarios, la reafirmación de las creencias republicanas (...) y, sobre todo, la justificación de las teorías personales de los redactores de *España Peregrina*” (Férriz, 2002). Resulta así mismo interesante la doble dirección de estas “teorías personales”, las cuales, como comprobaremos más adelante, no fueron exclusivas de Larrea ni del exilio republicano. La primera de ellas tiene que ver con la dimensión panhispánica del llorado poeta peruano. Sin negar la raigambre con su patria⁵, Larrea

⁵ “Vallejo, en mi opinión, era el Perú, pertenecía al Perú, sobre todo en aquella hora en que, después de tanto tiempo, tanta miseria, tanto vaivén de hijo pródigo, se disponía a reunirse con los suyos” (Larrea, 1940b: 121).

pone un especial empeño en subrayar la naturaleza genuinamente panhispánica, integradora de lo indígena y de lo europeo, del autor de *Trilce*:

se complacía Vallejo en relatar los recuerdos íntimos de su infancia. Así supe, con la natural admiración, cómo era nieto de dos sacerdotes españoles y de dos indias peruanas, vástago legítimo, por consiguiente, del espiritualismo occidental injertado, como el renuevo de la vid, en cepa americana. (...) Su temperamento andino había sabido al desintegrar el castellano, sacar de él asombrosos efectos poéticos, calorías verbales extraordinarias. En mi sentir, nadie había alcanzado nunca tan abrasadora intensidad (Larrea, 1940b: 122).

Por otra parte, Larrea apunta igualmente hacia una idea universalista, solidaria y también cristiana de lo humano en Vallejo: “la preocupación –naturalmente religiosa– de su apetencia era la unidad, unidad concretamente humana, a la que perseguía por caminos y trochas” (Larrea, 1940b: 122). En términos muy semejantes –como veremos más adelante– analizará el cristianismo vallejianista un joven poeta entonces muy próximo al “grupo *Escorial*”, el escritor extremeño José María Valverde.

En cuanto a la actualidad del contexto político imperante, el resto de las consideraciones de Larrea, las cuales ocupan casi la mitad del artículo, se completan con un encendido ataque contra las autoridades políticas peruanas y su apoyo al bando franquista durante la guerra y a su término. Es pues la dimensión política, conviene subrayarlo ya, el principal –y casi único– punto de desencuentro entre la lectura de Larrea y la que construirán poco después Panero y Valverde para el sector intelectual del falangismo joseantoniano. Larrea, consciente de la imbricación del exilio republicano en la realidad política, y particularmente diplomática, del continente americano, carga las tintas sobre la actitud tomada por el gobierno de Benavides ante el conflicto español. “Mientras tú, identificado con nuestro pueblo, a su agonía te abandonabas, no faltó en el Perú la inmundicia de casta que se alzó para magnificar la perversidad de nuestros verdugos” (Larrea, 1940b: 123), informa el autor vasco al difunto Vallejo, extractando a continuación discursos filofascistas de altas personalidades de la cultura como monseñor Fernando Cento, nuncio apostólico, o José de la Riva Agüero y Osma, presidente de la Academia de la Lengua del Perú. Al cabo, añade:

¿Has oído, César? ¿Has oído cómo respiran mentirosamente en tu Perú, al final de sus banquetes, los desinteresados millonarios, los predicadores del amor al prójimo, los

cristianísimos explotadores del manso y humilde de corazón, mientras tú, creador verdadero, honra de tu patria, no lograste nunca aplacar tus hambres? ¿Has oído con qué cobarde agresividad gloríanse de hacer causa común con los agresores italianos de nuestro pueblo, llamándoles hermanos en aquella misma ocasión precisamente en que tu vida, hermanada en verdad con la del pueblo español se ofrecía por el tuyo en holocausto? (Larrea, 1940b: 124).

Resulta muy interesante esta oposición entre el cristianismo “verdadero”, espiritual, social y primigenio de Vallejo frente a la “traición” de “los cristianísimos explotadores del manso”. Aquí, ciertamente, es donde la concepción del cristianismo vallejianos se opone radicalmente al que se propondrá desde el falangismo intelectual de la revista *Escorial*, como en seguida comprobaremos.

Es importante, así mismo, insistir en la visión que ofrece Larrea de César Vallejo como poeta-mártir, casi como un nuevo Cristo –recuérdese el paralelismo establecido con el Viernes Santo– que ha “muerto de España” al tiempo que agonizaba su República. El propio Vallejo, con el lema de “España, aparta de mí este cáliz” parecía apuntar hacia este mismo sentido. Años más tarde Larrea seguirá creyendo en esta idea, desarrollándola por extenso en la monografía titulada, de manera más que elocuente, *César Vallejo héroe y mártir indohispano* (Montevideo: Biblioteca Nacional, 1973). Allí, como señala Sabugo Abril,

Larrea estudia a Vallejo como héroe dramático, en su existencia de “oscuro héroe de renunciación y vida agarrotada”. Antihéroe que al no poder “realizarse” libremente hacia fuera se “realiza” hacia dentro, en su poesía. (...) El héroe César Vallejo se consume en el martirio. Como Cristo en Getsemaní, en la hora suprema de la angustia mortal, pide a España que le exima de su cáliz (1988: 40-43).

Sin lugar a dudas, las consideraciones de Larrea para *España peregrina* no agotan, en absoluto, las lecturas ejercidas sobre el autor de *Poemas humanos* desde la diáspora republicana. Sirvan apenas de muestra las consideraciones de Juan Rejano – editor a la sazón de *Romance. Revista popular hispanoamericana*, la otra gran cabecera del exilio español en México por esos días–, quien en clara contestación a las consideraciones vertidas en *España peregrina* no dejó de anotar el peligro implícito en “limitar” la última poesía vallejianos a una dimensión estrictamente política: “Estos poemas únicos de César Vallejo no pueden definirse –quiero decir comprenderse– sino desde su acento interior. Hay que salirse, escapar del que ahora emiten, librándose del contagio de la pasión para hallar el punto de su naturaleza, la

verdadera y virginal y argenta que lo lanzó al crearlo” (*Taller*, II, 10, marzo-abril 1940, p. 47)⁶.

Pese a ello, no hay duda de la situación preeminente de Larrea como lector de Vallejo a la hora de fijar un lugar para el peruano y su legado literario dentro del exilio republicano español. Conviene, en este sentido, observar una doble vertiente en sus consideraciones: la de la actualidad política del momento y cómo proyectar la memoria de Vallejo sobre ella; y la del supuesto “mensaje” o sentido último de su obra poética. Si en el primer aspecto el contraste con las lecturas falangistas resultará más que evidente, en lo referente a la dimensión del mensaje vallejiano veremos no pocos puntos de similitud.

3. César Vallejo en los poetas de *Escorial*

La recepción de los “autores mayores” de la “Edad de plata”, emblemas en sí mismos del esplendor cultural del primer tercio del siglo hispánico, y a la sazón recientemente fallecidos –los cuales, además, en su condición de difuntos, ya no podían contradecir las manipulaciones de los vivos– se convirtió durante los años cuarenta en una suerte de disputa entre sus autoproclamados herederos. Esto es, entre sus más cercanos condiscípulos y discípulos literarios en los años que precedieron a la Guerra Civil. Por decirlo más claro, figuras como Antonio Machado, Miguel de Unamuno e incluso Federico García Lorca no solo serán reivindicadas explícitamente por el exilio republicano español y, avanzada la dictadura, por el antifranquismo; sino que también serán “aproximadas” por aquellos escritores alineados con el régimen franquista que se sentían insertos en la misma genealogía literaria que los fallecidos. Si el exilio hacía hincapié, para lograrlo, en el compromiso adoptado por tales escritores con el bando republicano, en su violento distanciamiento con los sublevados o bien en su condición de mártires, los intelectuales del interior acudirán a la estrategia opuesta, despolitizando, relativizando o incluso “falangizando” la dimensión ética de los desaparecidos. Sobre este extremo ya hemos apuntado hacia las lecturas ejercidas respectivamente por Dionisio Ridruejo sobre Antonio Machado en “El poeta rescatado”, recogida en el primer número de *Escorial* (Ridruejo, 1940)⁷; por Luis

⁶ Tomado de Ferriz (2002).

⁷ Aquel texto serviría, así mismo, como prólogo a una nueva edición de las *Poesías Completas* (Madrid, Espasa-Calpe, 1940) de Antonio Machado. Aquel prefacio, amén de constituir una negación de la capacidad de discernimiento político de “Don Antonio” por parte del aún influyente falangista, venía a funcionar al mismo tiempo como una suerte de salvoconducto para la publicación en la “Nueva España”

Felipe Vivanco en su edición y prólogo a la *Antología poética* de Miguel de Unamuno editada para la propia *Escorial* en 1942; o por Dámaso Alonso en “Federico García Lorca y la expresión de lo español”, cinco años después del final de la contienda (Alonso, 1944)⁸.

Idéntica estrategia se adoptará con el propio César Vallejo. No en vano, la lectura que realiza el “grupo *Escorial*” y sus allegados se insertaba en la pugna entre el exilio republicano y este grupúsculo de intelectuales falangistas por la imposición de un relato a conveniencia. De la necesidad de no entregar a los intelectuales exiliados el relato de los acontecimientos en Hispanoamérica advirtió a los suyos de manera explícita Gonzalo Torrente Ballester en su avisado artículo “Presencia en América de la España fugitiva” (1940).

Por esos mundos de Dios, desgarrada y amarga, anda la España peregrina, con todas las maldiciones del destierro sobre su cabeza. Dios les quitó a sus hombres el sosiego, como a casta maldita, pero no la inteligencia, que conservan más despierta y sensible por el dolor. Y como aquellos judíos fugitivos, similares suyos en la suerte, al fin y al cabo unos y otros miembros de razas elegidas, pondrán la desdicha y lejanía en sus palabras y acentos profundos, aunque resentidos, acaso fórmulas admirables de universal valor (Torrente Ballester, 1940: 5).

En un sentido muy semejante se expresaría el editorial de *Escorial* de diciembre de 1941, titulado significativamente “Aviso fraterno a los jóvenes americanos” (nº 14, pp. 315-320). Con el tiempo, aquella misión de contrarrestar el relato de la intelectualidad exiliada en América se convertiría en una de las más destacadas prioridades del grupo integrado por Rosales, Laín Entralgo, Ridruejo y compañía. No en vano, si *Escorial* fue su principal plataforma de difusión durante la primera mitad de la década, a partir de 1948 la publicación de referencia para el grupo serían los *Cuadernos Hispanoamericanos*, editados al calor del Instituto de Cultura Hispánica y su financiamiento gubernamental. Tales organismos tenían como misión principal y explícita, precisamente, dar visibilidad y proyección a una suerte de diplomacia

franquista de la obra poética de un poeta tan simbólico como materialmente ligado a la causa republicana durante la contienda.

⁸ Conviene anotar la distancia ideológica entre las lecturas de Vivanco y Ridruejo recién citadas – netamente falangistas – con la realizada por Dámaso Alonso, a pesar de todo conveniente con el nuevo *statu quo* franquista. Paradójicamente, Alonso, siempre tan sutil y oportuno, ya había publicado una versión del texto nada menos que en el homenaje dedicado a García Lorca en 1937 durante el III Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (*Homenaje al poeta Federico García Lorca*, Valencia, Ediciones Españolas, 1937). Véase al respecto de esta y otras lecturas sobre García Lorca durante la posguerra los trabajos de Wahnón (1995) y Rivero (2013).

cultural del régimen en toda la América hispana con el evidente fin de contrapesar la influencia del exilio republicano.

En este contexto, la lectura realizada sobre César Vallejo debía contraponerse, sin lugar a dudas, a una lectura tan opuesta a sus intereses como la realizada por Juan Larrea en *España peregrina*. Por una parte, si el poeta vasco había podido sacar a relucir su íntima amistad con el peruano, no menos estrecha había sido la relación de Vallejo con un destacado miembro del “grupo Rosales”. Nos referimos a Leopoldo Panero, uno de los hombres que actuaron como punta de lanza en la penetración de la influencia cultural del grupo en Hispanoamérica (Rivero, 2015), hasta el punto de protagonizar a comienzos de los cincuenta un sonoro y desafortunado duelo poético con Pablo Neruda a vueltas del *Canto general* (1950) del primero y el *Canto personal* (1953) del segundo, escrito específicamente como réplica a las acusaciones vertidas por el chileno contra la intelectualidad de la España franquista. Veinte años antes de tan abierto desencuentro habían sido precisamente Pablo Neruda y el propio César Vallejo quienes habían dejado la huella más honda en la formación poética del joven Leopoldo Panero. Particularmente Vallejo, cuya figura y obra se convirtieron pronto en un objeto casi de culto y reverencia, imposibles de disimular en el astorgano. Así, en el Madrid de 1931, Panero se convierte en uno de los admiradores que siguen atentos las intervenciones del peruano en la tertulia de la Granja El Henar. Asume por entonces el poeta leonés el comunismo cristiano propugnado por el autor de *Trilce* y la amistad entre Vallejo y Panero se sella durante las vacaciones navideñas de 1931, días en los que el peruano se aloja en la casa familiar de los Panero en Astorga.

Pasada la guerra, Panero asume, en plena transformación ideológica, el encargo de realizar una amplia *Antología de poesía hispanoamericana* para la Editora Nacional. Es en el extenso prólogo al segundo volumen donde Panero ofrece su visión de la literatura hispanoamericana reciente. Editado en 1945, este libro supone el eslabón intermedio entre el joven marxista, entusiasta del creacionismo y el ultraísmo, fraternal amigo de Vallejo y rendido admirador de Neruda en los años treinta; y el “poeta de estado”, embajador cultural del régimen franquista e interlocutor extraoficial de la España interior con el exilio republicano de los cincuenta. En su lectura sobre Vallejo encontraremos, para empezar, la generalizada aclimatación estética desde las vanguardias hacia la rehumanización, planteamiento hegemónico y absolutamente transversal en los cuarenta, y en el que el autor de *Poemas humanos* podía encontrar, ciertamente, fácil acomodo. Más allá, la lectura propuesta por Panero para Vallejo –y aun para Neruda– no fue, desde el punto de vista ideológico,

enteramente inocente. Tal vez pueda sorprender a los no iniciados o a quienes se enquistan en las lecturas simplistas sobre el periodo la entusiasta reivindicación de Panero sobre la significación y trascendencia no solo de Vallejo sino del mismo Neruda en la poesía hispánica reciente. Una lectura detenida y contextualizada, sin embargo, nos desvelará la conveniencia de semejante operación para los presupuestos de aquel sector escogido del falangismo joseantoniano.

Ya hemos expuesto cómo el exilio republicano procuró en aquellos años articular un discurso panhispánico merced a la diáspora repartida por toda América de sus intelectuales. También hemos apuntado cómo el grupo de intelectuales de *Escorial* se había propuesto, precisamente, arrebatarnos el pretendido liderazgo sobre la hispanidad cultural. Solo en este contexto se entienden enteramente las palabras de Panero cuando anuncia la llegada de una poesía que al fin integra todos los elementos de la hispanidad, indigenismo americano incluido, en un autor como Vallejo. En su análisis, Panero señala a Rubén Darío como el gran precursor de esta nueva poesía panhispánica –no en vano, fue el nicaragüense, ciertamente, el primero en subvertir el influjo cultural desde la hispanidad americana hacia la hispanidad europea–, siendo los inmediatos continuadores de tan elevada tarea sus admirados César Vallejo y Pablo Neruda:

Lo que en Rubén triunfa y culmina es el espíritu hispánico, trasplantado, pero no desarraigado del viejo solar común (...) su verso desnudo no se explica enteramente más que en virtud de su peculiar condición anímica, en la que se fundían entrañablemente lo español y lo indio, lo aborígen y lo virginal, en una trágica síntesis de cristiana ternura (...) habrá que esperar varios años hasta que la genuina poesía americana, la poesía espiritual indio-española, aflore de nuevo a la superficie. La nueva veta virginal de esta dolorosa y misteriosa sensibilidad india la encontramos en la atormentada poesía del peruano César Vallejo; algo más tarde, el lirismo eruptivo y apretado de emoción del chileno Pablo Neruda nos acercará otra vez a la verdad más profunda de la poesía (Panero, 1945: VII-XXII).

Con Panero, en definitiva, la poesía de Vallejo pasaba a ocupar un lugar destacado en la construcción de una hipotética poesía definitivamente panhispánica, formando triunvirato con Darío y Neruda. Tal vez hoy pueda extrañar semejante propuesta, pero se trata de una lectura que encaja a la perfección con los postulados del falangismo ilustrado propio de aquel círculo de intelectuales. No es difícil intuir cierto consenso de grupo en la elaboración del prefacio. A Panero, bien es cierto, debemos reconocerle sin embargo ciertos matices propios y concederle el mérito de

desmarcarse con una visión de lo hispánico en la que el componente europeo –con toda su carga colonialista inherente– queda en pie de igualdad, cuando no transformado, ante lo estrictamente americano. Una visión de lo hispánico poco y mal entendida –quizás, también, torpemente expuesta por el propio Panero– que desembocará en la célebre contraposición entre el *Canto general* y el *Canto personal* unos años más tarde⁹. Una visión, por otra parte, que también hemos visto formulada en el exilio republicano a través de Larrea, y en términos muy semejantes a los de Panero.

Igualmente, también la dimensión cristiana del pensamiento vallejiano se presentaba como otro punto de penetración y aclimatación del poeta peruano al discurso falangista. Ningún miembro era más apto para esta operación que el jovencísimo José María Valverde, por aquellos días auténtica perla de la poesía religiosa y “arraigada” de la posguerra. En “Notas de entrada a la poesía de César Vallejo”, publicadas en el séptimo número de *Cuadernos Hispanoamericanos*, en enero de 1949, Valverde ofrece un análisis que él mismo define como parcial y “pedagógico”, con un empaque más académico que literario, periodístico o polémico. En él se deslizan, no obstante, ideas que desarrollará unos meses después en *Escorial*, como la idea de que la originalidad vallejiana radica en su búsqueda de un lenguaje primigenio, infantil y, en último término, panhispánico.

Su verso está en el último límite del ay y del balbuceo, saltándolo, pero sin acabar de entrar aún a la plenitud de la palabra, a ser lenguaje adulto. Aquí reside su condición germinal, decisivamente inventora, que hace manar ahora el lenguaje lírico hispanoamericano desde otra fuente nueva, no desconectada de la vieja fuente del castellano de España, sino heredándola de modo más vivo, subterráneamente, a través de la tiniebla de la sangre y la inconsciencia del existir inmediato, y no solamente por el trasvase de los arcabuces librescos (Valverde, 1949a: 59).

Poco después, Valverde desarrolla específicamente esta idea en “César Vallejo y la palabra inocente”, artículo publicado en esta ocasión en *Escorial* (nº 62, octubre

⁹ Conviene matizar que reducir las posiciones de Neruda y Panero a la tradición de la “leyenda negra” y la “leyenda rosa”, respectivamente, no hace plena justicia al trasfondo de sus mensajes. En el caso del astorgano, particularmente, no se niega el genocidio. Lo que se defiende, a cambio, es su valor inmaterial, su trascendencia espiritual para la conformación definitiva de lo americano, que Panero valora, en último término, positivamente: “Hay una épica –precisamente americana, precisamente adherida al sentir indio– que consiste en la poética adivinación del pasado ancestral, en la sublimación heroica de las razas aborígenes, en la espiritualización elegíaca de los pueblos que quedaron sumergidos bajo la dominación española” (Panero, 1945: XVIII).

de 1949, pp. 379-405). Aquella “inocencia” remitía pues, estrictamente, al objeto de análisis del extremeño, quien mediante el método estilístico entonces tan en boga pretende desentrañar el peso del lenguaje infantil en el autor de *Trilce*.

De un modo general llamaríamos a la poesía de César Vallejo “la palabra inocente”. Inocente, no en el sentido de prescindir del pecado original como un Jorge Guillén – sobre todo, el del primero y segundo *Cántico*–, o fundando rememorativamente el mito de la infancia en el poema *Criaturas en la aurora*, de Vicente Aleixandre, o en el sentido angélico y pajaril de un Keats, sino inocente en el precario y humilde sentido del niño redimido en el bautizo, pero envuelto siempre en los pañales del pecado; vuelto a sumergirse en él, y, sin embargo, inocente, esto es, incapaz de daño, libre del helado hábito egoísta de saltar por encima de los demás, atónito y cegado entre la dureza de los demás (Valverde, 1949b: 403-404).

Aquella fijación estilística en la inocencia, sin embargo, puede antojársenos hoy, como lectores históricos, nada “inocente”. No conviene menospreciar, en este sentido, la necesidad por parte del falangismo intelectual de legitimar sus veleidades para con una serie de escritores anatemizados por otros sectores del régimen por su conocida vinculación con la causa republicana y aun con la comunista. Al respecto, Eduardo Iáñez ofrece una interpretación estrictamente política de la lectura que el “joven poeta catolicista” plantearía sobre “el comunista César Vallejo”.

No hay ni siquiera una referencia al contenido político de la poesía de Vallejo, porque toda ella, en su conjunto, queda diluida en el misterio de esa “palabra dicha y oída”, de ese lenguaje casi primigenio, material y sensual... y necesitado, por tanto, de una “redención”, de una conversión a lo cultural y civilizado. De ahí la “inocencia” del lenguaje –de la palabra y la poesía– de Vallejo: es un lenguaje infantil, en que la palabra, casi como en su forma primigenia, no es solo idea, sino también materia (Iáñez, 2008: 684).

Se ha de reconocer, desde luego, la constatable ausencia de cualquier comentario sobre el pensamiento político de Vallejo –lo cual no debería ser criticable *per se*, por otra parte, aunque sí significativo en su contexto histórico–. No obstante, debemos ir un poco más allá en nuestro análisis. Ciertamente, son varios los valores presentes en la interpretación de un José María Valverde aún próximo a los postulados del falangismo, aunque nunca fuera su más ferviente prosélito. Por aquellos días el escritor de Valencia de Alcántara defendía una visión universalista y primigenia del cristianismo que proyecta, de manera directa, sobre la obra poética de Vallejo –algo

que ya hemos visto despuntar, desde el exilio, en las lecturas de Larrea—. Esta lectura se insertaba plenamente en la perspectiva panhispánica que hemos visto desarrollada por Panero. Así queda expuesto de manera patente en “Horizonte hispánico de la poesía”, una suerte de manifiesto editorial firmado por Valverde para el primer número de *Cuadernos Hispanoamericanos*:

Hemos llegado a un instante en que nos damos cuenta mejor que nunca de que lo único verdaderamente sustancial no es lo español, ni lo occidental, sino lo humano, el hombre nada más, con su jerarquía y destinos sobrenaturales, rescatados por Jesucristo. (...) En este punto hemos de volver sobre nuestra comunidad de destino con todos los países hispanoamericanos. Nos distingue parcialmente el pasado –sobre todo, en los grados de asimilación de la común herencia–, nos separa algo el presente, la circunstancia geográfica y de vecindades, pero nos une el futuro, la obligación histórica de servir en la tierra a la revelación divina, de que hoy nuestros pueblos han venido a ser abanderados y principales defensores prácticos. Lentamente se irán fundiendo nuestras culturas. Tal vez siglos sean menester para que sólo quede una diferenciación regional, pero cabalmente es en la poesía donde este proceso ha comenzado antes. Los tres poetas americanos que además del propio valor tienen en mayor grado el de haber abierto caminos nuevos, horizontes inéditos, es decir, Rubén Darío, Pablo Neruda y César Vallejo, han sido de hecho tan españoles como americanos; en España han vivido, han editado sus obras y han ejercido influencia inagotable (Valverde, 1948: 132-133).

Comprobamos, en suma, la plena consonancia entre la lectura de Panero y la de Valverde, si bien en este último se hace explícito cómo el componente “humano” lleva a lo “universal” y este a lo “católico”¹⁰. Una lectura del poeta peruano, en todo caso, que quería matizar y contrarrestar la propuesta por la *España peregrina*. Si para la diáspora del exilio Vallejo ocupaba un lugar destacado entre los caídos por la causa republicana y como miembro de pleno derecho entre los españoles de buena voluntad, para el falangismo intelectual el poeta de *Trilce* podía ser utilizado para todo lo contrario, elevándolo a la categoría de poeta panhispánico por antonomasia –con permiso de Darío– más allá de banderías y antagonismos.

La de los poetas de *Escorial* fue una operación exegética sentida como necesaria para sus miembros, marcados en gran medida por el poeta de Santiago de

¹⁰ Poco después en el segundo número de los *Cuadernos Hispanoamericanos* aparecía el poema “César Vallejo” del propio Leopoldo Panero (nº 2, marzo-abril de 1948). En consonancia con Valverde, Panero le describe en su poema como “indio bravo en rescoldo y golondrinas culminantes de tristeza” y por “el triste brillo diminuto de su mirada infantil” (Panero, 1948: 300). El poema sería más tarde incluido en su premiado poemario *Escrito a cada instante* (Madrid, Escelicer, 1949).

Chuco. Así puede constatarse desde el propio Leopoldo Panero hasta Luis Rosales, quien para algunos críticos tuvo en Vallejo uno de los principales referentes a la hora de escribir *La casa encendida*, sin duda su libro más celebrado (Ávila González, 1988).

4. César Vallejo y los poetas de *Espadaña*

Al igual que las interpretaciones de Larrea no agotan los acercamientos del exilio republicano al autor de *Los heraldos negros*, tampoco los postulados del “grupo Escorial” representan, ni mucho menos, la totalidad del panorama literario en el interior. Por significativas, nos hemos detenido en estas páginas en las lecturas de Juan Larrea para *España peregrina* y de Leopoldo Panero y José María Valverde para *Escorial* y los *Cuadernos Hispanoamericanos*. En la misma senda de la representatividad, no podemos dejar de mencionar, en esta ocasión de manera algo más somera, el valor otorgado a Vallejo desde las páginas de *Espadaña*. Esta revista leonesa, tan abundantemente relacionada con la poesía “desarraigada” y con un soterrado antifranquismo, hizo varias menciones a lo largo de su larga trayectoria a César Vallejo, llegando a reproducir algunos de sus poemas. Así sucedió con los poemas “Los desgraciados”, publicado en su número 22 en 1946 (pp. 505-506), y “Masa”, recogido en el número 45 ya en 1950 (p. 953). La significación política de ambos textos nos da por fin un perfil más social de la poesía vallejana en la España del interior. Algo similar ocurría con Pablo Neruda, de quien *Espadaña* reprodujo el más célebre poema de *Canto general*, “Alturas de Macchu Picchu” (nº 30, 1947, pp. 637-639) y la conferencia “Textos no clásicos” (nº 44, 1950, pp. 925-927). Más allá, sin embargo, *Espadaña* no ofreció exégesis concretas ni comentarios explícitos que subrayaran una dimensión social o de compromiso político en Vallejo, en buena medida –previsiblemente– por razones de censura o autocensura. La selección de estos poemas sobre otros no dejaba de ser, sin embargo, una intencionada réplica a la lectura panhispánica pero también apolítica pergeñada por Panero y Valverde desde las páginas de *Escorial* y *Cuadernos Hispanoamericanos*. Tal vez por ello, pasados los años, Victoriano Crémer incluía entre los grandes méritos de su revista la reivindicación, mediante la sencilla publicación de alguno de sus poemas, de una figura “comprometida” como Vallejo.

Mientras que en las publicaciones de la época, parecía predominar una cierta tendencia hacia la reclusión en los clásicos imperiales y un sometimiento a las formas

tradicionales como determinantes del establecimiento de “un estilo” basado en el “buen gusto”, *Espadaña* se erigía en mantenedora de las líneas poéticas (y humanas) de las generaciones inmediatas, dispersas y trasterradas (Cernuda, Alberti, Miguel, Lorca, Vallejo, etc.) y es partidaria de unas formas de expresión menos convencionales (Crémer, 1978: XXII-XXIII).

Con todo, no sería hoy justo limitar la reivindicación de Vallejo en la España de los años cuarenta a las páginas de la magnífica cabecera leonesa, como ha quedado patente más arriba. Por otro lado, la significación dada a la obra vallejiana en *Espadaña*, aunque resulta evidente, no deja de ser fruto de una estricta suposición pues, como hemos anotado, no llegó a publicarse en sus páginas ningún trabajo crítico sobre el autor de *Los heraldos negros*. Igualmente, cabría cuestionar hasta qué punto las lecturas de *Espadaña* y *Escorial* se oponen. No en vano, en el número 39, fechado en 1949, de la revista comandada por Crémer se publicaba la siguiente nota de homenaje:

CESAR VALLEJO. Nació el día 6 de junio del año 1893 en Santiago de Chuco (Perú), y murió en París el día 15 de abril de 1938. José Luis L. Aranguren, Antonio G. de Lama, Victoriano Crémer, Eugenio de Nora, Leopoldo Panero, Luis Rosales, José María Valverde y Luis Felipe Vivanco LE RECUERDAN.

Los abajo firmantes son, a la postre, los más explícitos vindicadores del legado vallejiano en la España “interior” durante la década de los cuarenta y son, en efecto, integrantes tanto de uno como de otro grupo, de *Escorial* y de *Espadaña*, tan a menudo enfrentados por la crítica posterior y, sin embargo, con tantos testimonios compartidos en aquellas fechas.

Desde este punto de partida, la influencia de Vallejo se prolongará más allá de la década y durante todo el franquismo terminará por consolidarse como un referente propio para una poesía de clara dimensión social que no renunciaba por ello a la ruptura del lenguaje convencional y de los usos más clasicistas del desempeño literario. Algunos de los nuevos poetas surgidos en la posguerra, voces del calibre y la trascendencia de Blas de Otero o Ángel González, y más allá, en la década de los sesenta, en las postrimerías del régimen, como Félix Grande, reconocieron repetidamente sus deudas para con el peruano (Gutiérrez, 1988). Hasta tal punto, que José Ángel Valente llegó a afirmar que “la obra de Vallejo es una de las influencias que operan de modo directo sobre buena parte de la joven poesía española después del año 40” (1971: 146).

5. Conclusiones

Podemos concluir, al cabo, que el ámbito literario español, tanto el exiliado como el del interior, quiso encontrar en César Vallejo uno de los grandes referentes poéticos para la rehumanización de los discursos artísticos sin necesidad de renegar de los mejores hallazgos de la vanguardia. Así de la metáfora surrealista, en particular. A partir de ahí, la dimensión política del poeta de *Trilce* no fue ignorada por nadie. Para la diáspora del exilio, Vallejo era “uno de ellos” por su doble condición de exiliado y de defensor de la República. Con Larrea esta idea se subraya de manera explícita en una revista tan señera como *España peregrina*, sumando el nombre de Vallejo al de otros ilustres mártires de la causa como Antonio Machado, Federico García Lorca o Miguel de Unamuno. Para ciertos autores entonces próximos al núcleo intelectual de la Falange y publicaciones como *Escorial* o *Cuadernos Hispanoamericanos*, tales como Torrente Ballester, Rosales, Panero o Valverde, Vallejo podía “rescatarse” –en términos de Ridruejo– como símbolo y evidencia del valor universal, panhispánico y católico de la poesía escrita en castellano. Para otros poetas, algo más jóvenes, del interior, surgidos en los márgenes de la oficialidad cultural y gubernamental en torno a revistas como *España*, por el contrario, Vallejo ofrecía una poética diferente, alejada de cualquier clasicismo, al tiempo que muy proclive a una lectura en clave social.

Ahora bien, en la lectura vallejeana de Larrea se observan igualmente elementos también presentes en los autores del “grupo *Escorial*”, tan próximos en esos años a los postulados falangistas. A saber: la dimensión panhispánica que encarnaría Vallejo –desarrollada fundamentalmente por Panero– y el afán ecuménico en pos de una sola y unida humanidad –analizado por Valverde–. Sin duda, ambas ideas están ya expresadas en Larrea, como hemos podido comprobar. No obstante, si para este es la mejor muestra del compromiso de Vallejo con la “verdadera” España –esto es, con la leal a la legitimidad republicana–, para aquellos se trata de un fenómeno de más largo recorrido, lo que en la retórica falangista se enunciaba como la “unidad de destino” de los pueblos hispánicos.

Con acento propio quiere representarse el acercamiento de *España* al poeta peruano. Recordemos que Crémer, en un texto de 1978, citaba su revista como un raro lugar de reivindicación del autor de *Trilce*. No es cierto, sin embargo, como hemos comprobado, que *España* mantuviera en exclusividad la presencia de esta poesía tan “humana” encarnada entre otros por César Vallejo, pues su figura también estaba siendo reivindicada por Leopoldo Panero y José María Valverde en plataformas

culturales de financiación gubernamental. Se trata, sin embargo, de una cuestión de matices, aunque estos no fueran, en absoluto, anecdóticos. También de una cuestión generacional.

En primer lugar, hemos observado una consonancia evidente entre las lecturas panhispánicas y cristianas tanto de Larrea en el exilio como de Panero y Valverde en el interior. Igualmente, hay acuerdo entre los de *Escorial* y los de *Espadaña* –por decirlo en términos muy simples– a la hora de “rehumanizar” cualquier veleidad vanguardista en la poética vallejana. Ahora bien, si casi no hay disensión en lo estético entre estas tres lecturas de Vallejo, y si la distancia entre Larrea y Panero es eminentemente política –esto es, cuál es la “verdadera” España en la que se integra, como cualquier otro “español”, Vallejo–, desde el punto de vista generacional se observa una cierta sintonía entre el exilio y el falangismo frente a la lectura que parece adivinarse en *Espadaña*. La cuestión no es baladí. Tanto Larrea, desde el exilio, como Panero y Valverde, desde el falangismo, coinciden plenamente en presentar a Vallejo como un engarce entre las dos orillas de la hispanidad, con la componente del cristianismo como esencia y clave de esta comunión panhispánica. Añádanse todos los matices que se quieran, pero los textos aquí analizados son elocuentes al respecto.

Así mismo, la cuestión generacional parece jugar aquí un papel importante, ya que tanto Larrea como Panero, amigos personales del difunto, buscan igualmente engarzar preguerra y posguerra. Larrea y Vallejo son, por edad, miembros de una misma generación. El vasco nació en 1892, el peruano en 1895. Por su parte, Panero nació en 1909, miembro indiscutible de esa generación en tantos sentidos “escindida” del Treintayséis, una generación que siempre estuvo en permanente diálogo con sus “hermanos mayores”. De ahí, en nuestra opinión, la consonancia casi simétrica entre las lecturas de Larrea y Panero. Por su parte, Victoriano Crémer pertenece ya a otro tiempo, a pesar de ser mayor que Panero, paradójicamente, pues nació en 1906. Sin embargo, Crémer no formó parte de los círculos literarios del Madrid de la preguerra, a diferencia de Panero. A eso nos referimos. Para Crémer, Vallejo es un poeta al que no se ha conocido personalmente, del que solo queda su lectura, una lectura ya inevitablemente vinculada a un momento histórico completamente diferente, a un presente marcado por la posguerra, la miseria social y la dictadura¹¹.

¹¹ Podría aducirse, igualmente, la fecha de nacimiento de José María Valverde, nada menos que en 1926, para poner en duda este componente generacional de la cuestión. Son muchos los lugares donde se ha escrito sobre esta particularidad tan propia de Valverde. Él mismo comentó cómo fue “ascendido de generación” por decisión de Rosales (José María Valverde, “Carta a Víctor García de la Concha”, 30 de

Observamos en todo caso, según lo expuesto, tantos puntos de unión como de disensión en las lecturas sobre Vallejo realizadas a ambas orillas del Atlántico. Ambas coinciden, si sabemos leer con la calma debida, en una interpretación panhispánica y ecuménica de Vallejo sorprendentemente similar. Ambas difieren, lógicamente, en la “dirección” política dada a sus conclusiones. Se trata, a la postre, de una muestra más de cómo ciertos discursos transversales –el más importante de ellos era, recordemos, la misión de rehumanizar el arte tras el declive de las vanguardias históricas– funcionaban con idéntica validez en ecosistemas políticos totalmente opuestos.

Referencias bibliográficas

- ALONSO, D. (1944). “Federico García Lorca y la expresión de lo español”. En *Ensayos sobre poesía española*. Madrid, Revista de Occidente. Citamos desde Alonso (1965), *Poetas españoles contemporáneos*. Madrid, Gredos, pp. 257-265.
- ÁVILA GONZÁLEZ, F. J. y SCHNABEL, D. R. (1988). “Vallejo y Rosales”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 454-455, 113-126.
- BOUSOÑO, C. (1966). *Teoría de la expresión poética*. Madrid, Gredos (4ª ed.).
- CANO BALLESTA, J. (1972). *La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)*. Madrid, Gredos.
- CRÉMER, V. (1978). “¡Espadaña a la vista! (El resplandor de las cenizas)”. En *Espadaña. Revista de poesía y crítica. Edición facsímil*. León, Espadaña Editorial, pp. XIX-XXXI.
- DEL RÍO, Á. (1948). *Historia de la literatura española. Vol. II Desde 1700 hasta nuestros días*. New York, The Dryden Press.
- ESPAÑA PEREGRINA 1(1940), 3-6.
- FÉRRIZ ROURE, T. (2002). *Estudio de España Peregrina (1940). Una revista para la continuación de la cultura española en el exilio mexicano*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

octubre de 1969. Reproducido en Víctor García de la Concha, *La poesía española de 1935 a 1975*, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 471-472). Por otra parte, todos estos desajustes evidencian las fisuras del propio método generacional, siempre tan cargado de trampas y contradicciones.

- GUTIÉRREZ CARBAJO, J. (1988). "Presencia de Vallejo en la poesía española de posguerra". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 454-455, 197-214.
- IAÑEZ PAREJA, E. (2008). *Falangismo y propaganda cultural en el Nuevo estado: la revista Escorial (1940-1950)*. Granada, Universidad de Granada. Tesis doctoral.
- LARREA, J. (1940a). "Profecía de América". *España peregrina*, 1, 20.
- LARREA, J. (1940b). "Memoria de César Vallejo". *España peregrina*, 3, 121-124.
- LARREA, J. (1973). *César Vallejo héroe y mártir indohispano*. Montevideo, Biblioteca Nacional.
- NÚÑEZ, E. (1988). "Vallejo y España: una doble perspectiva". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 454-455, 215-220.
- PANERO, L. (1945). *Antología de la Poesía Hispanoamericana. Tomo II. Desde Rubén Darío hasta nuestros días*. Madrid, Editora Nacional.
- PANERO, L. (1948). "César Vallejo". *Cuadernos hispanoamericanos*, 2, 299-300.
- RIDRUEJO, D. (1940). "El poeta rescatado". *Escorial*, 1, 94-99.
- RIVERO MACHINA, A. (2013). "La cuestión Lorca en el debate periodístico y literario hispánico del medio siglo". En Fidel López Criado (ed.), *La cuestión social. Literatura, cine y prensa*. Santiago de Compostela, Andavira, pp. 249-256.
- RIVERO MACHINA, A. (2015). "Leopoldo Panero y su antología de poesía hispanoamericana. Una lectura personal de América". *Anales de literatura hispanoamericana*, 44, 423-441.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, J. (1988). "Presencia y permanencia de Vallejo". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 454-455, 127-166.
- SABUGO ABRIL, A. (1988). "Vallejo y Larrea, o las afinidades electivas". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 454-455, 39-56.
- TORRENTE BALLESTER, G. (1940). "Presencia en América de la España fugitiva". *Tajo. Semanario de política, letras, arte, economía, deporte y humor*, 10, 5.
- VALENTE, J. Á. (1971). *Las palabras de la tribu*. Madrid, Siglo XXI.

- VALVERDE, J. M. (1948). "Horizonte hispánico de la poesía". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1, 129-133.
- VALVERDE, J. M. (1949a). "Notas de entrada a la poesía de César Vallejo". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 7, 57-84.
- VALVERDE, J. M. (1949b). "César Vallejo y la palabra inocente". *Escorial*, 62, 379-405.
- VIVANCO, L. F. (1942). "La poesía de Unamuno". En Miguel de Unamuno, *Antología poética*, Luis Felipe Vivanco (ed.). Madrid, Escorial, pp. 3-18.
- WAHNÓN, S. (1995). "La recepción de García Lorca en la España de la posguerra". *Nueva revista de filología hispánica*, 43-2, 409-430.